

---

## VIAJE DE ROMA A VENEZIA.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

ERA una de esas noches tempestuosas en que el espíritu se abate y el pensamiento se cubre de imágenes fantásticas; mi ánimo estaba pronto á desbordarse y tendía á alejarme del medio en que vivía y acercarme al campo de las contemplaciones que más cuadraban con mi estado moral.

Abrí un libro y al hojearlo página por página, encontré una estampa hermosa que bien quisiera describir.

Recuerdo todavía que al contemplarla, mil ideas despertáronse en mi mente ofreciéndome risueños y bellos panoramas; todas mis impresiones se despertaron llevándome, en abstracto, por aquellos sitios de halagadores recuerdos.

La estampa era el canal Bernardo, la ría principal de una de las ciudades de Italia y la más pintoresca del Sur de Europa, cuyas calles en vez de pavimento tienen su suelo cubierto por las aguas del Adriático.

Figuraos un viento puro, que no levanta polvo, un clima suave y los vehículos deslizándose sobre una superficie líquida, con el ruido cadensoso de los remos y entre edificios de maravillosa arquitectura; una vida silenciosa rodeada de atractivos y bajo un hermoso cielo..... ¡Esa es Venecia! Venecia



no se asemeja á otras ciudades de Europa. Es poética, extraña, misteriosa y rara.

Parece que de cada una de sus piedras surge una historia novelesca y un poema de amor que embarga el ánimo de una melancolía profunda.

En el campo, en las frescas mañanas de Septiembre, las venecianas, cual reinas orientales, se pasean sobre el verde césped; en tanto que cerca del muelle los barcos se apresuran para conducir la pesca del Adriático. En el resto del día el campo está desierto; por la tarde las mugeres hacen coro á los murmurios de la fuente como las samaritanas lo hacían junto al pozo de Jacob; por la noche el modesto bullicio veneciano, orquestas ambulantes, serenatas misteriosas al pie de los balcones y más que todo esas góndolas de idénticas formas, que se deslizan bañadas por los rayos de la luna, y esas canciones que por acompañamiento tienen los chasquidos de los remos en las aguas, todo esto produce inefable gozo.

La plaza de San Marcos, circuida de elegantes edificios, tiene á sus costados la Catedral del mismo nombre, Capilla real de la antigua Venecia y el soberbio palacio de los Dux.

La Catedral, de fantástica construcción, levanta sus cimborrios majestuosos para perderse en el azul del firmamento, y cerca del muelle se ve la estatua ecuestre de Bartolomé Collioni.

Algunas torres de ladrillo rojo que imitan las antiguas construcciones romanas y otras hechas de mampostería con altas ventanas y arcadas en la parte superior, ofrecen un admirable conjunto.

Por el N. O. de la ciudad sale una vía férrea que atraviesa una línea prolongada de arcos de hierro, y una extensa laguna, en cuyas márgenes se halla situada la población de Mestre del Distrito de Venecia y estación del Ferrocarril. Pero lo más importante es el canal Bernardo que en varias direcciones recorre la ciudad y del cual aun conservo una agradable impresión.

Si pretendiera extender mi descripción de Venecia, mi tra-

bajo sería ímprobo y dilatado, y así os diré tan sólo, que esa ciudad es, más que un mágico ensueño, un panorama fantástico. La reina de la noche la baña con su apacible luz plateando los canales y cubriendo con misterioso velo los edificios, y en medio de aquella calma óyese, al doblar cada esquina, el monótono pero poético canto de los gondoleros que conducen á los más afortunados viajeros.

Venecia á la luz de la luna impresiona de tal modo el ánimo, que su aspecto no se borra jamás de la memoria, como no se borran ni desaparecen los recuerdos de la infancia que son los más preciosos de la vida.....

La víspera del viaje, lo recuerdo bien, era una tarde de verano apacible y hermosa precursora del día de la partida en el que un adios iba á perderse en el insondable abismo del tiempo.

La luz del día desaparecía para dar cabida á los melancólicos rayos de la luna que iban difundándose por la ondulante superficie de las aguas; nos instalamos en la góndola, la que avanzaba con mucha lentitud, y al agitar los que en ella íbamos los remos, convertíamos las turbias aguas en gotas cristalinas al ser heridas por el astro de la noche.

¡Cuán bellas eran las perspectivas y qué cuadros tan patéticos se desarrollaban á nuestros ojos! Góndolas por todas partes con alegres trovadores que entonaban cantos de amor, cómo deben de haber resonado en el eden, y los cuales se mezclaban con los murmullos del canal; palacios iluminados por la luna exhalando aromas, en tanto que otros yacían bajo una sombra misteriosa aunque no aterradora.

Así pasamos nuestra última velada, reflejo de las más doradas ilusiones.

Empezó por fin á lucir el nuevo día con los hermosos rayos de la aurora que doraba los altos campanarios, cuando se puso en movimiento el vehículo que nos conducía. En nada digno que os pueda interesar fijé mi atención, sino hasta los momentos en que la fresca brisa de la tarde rizaba la superfi-



cie de las aguas y los rayos del sol poniente coloreaban las cumbres de los Alpes y lejanos islotes que cercaban á *Venecia*.

No debíamos tomar ferrocarril sino hasta *Mestre*, y por eso abandonamos el ancho canal de la ciudad y seguimos por otro angosto y tortuoso que nos condujo entre sombrías montañas débilmente alumbradas por los destellos de la tarde.

La góndola seguía con más velocidad y yo sentía desbordarse el corazón á cada paso más lejos de *Veuecia*; dos ó tres cúpulas se elevaban todavía sobre el conjunto inexplicable; lenta pero sin cesar la ciudad se iba hundiendo entre una nube de humo, después en una mancha oscura y al fin..... el tiempo y la distancia me la ocultaron. Entre unas gotas de *ternura* dejé mi último adiós á la antigua reina del *Adiático*.

Tomamos en *Mestre*, como os he dicho, el Ferrocarril Nacional de la Alta Italia y continuamos el viaje hacia el Sur. Al salir dejamos al Norte los Alpes envueltos en las tintas purpurinas de que le circundan sus horizontes, y dejamos á nuestra espalda llanuras y bajas colinas hasta llegar á la falda oriental de los montes *Euganei*, en una hermosa y feraz llanura bañada por el *Bacchiglioni*; y entre *Provego* y *Roncafeto*, muchos canales en que se divide el río, encontramos á la histórica *Padua*.

Desde aquí abandonamos la línea general de la Italia septentrional y tomamos el ferrocarril de los *Apeninos* que sigue al Sur hasta *Florenia*.

A poca distancia pasamos por *Argua*, humilde aldea que guarda los restos de *Petrarca* y en cuyos vergeles parece que aún susurra el viento los amorosos cantos del poeta.

Poco adelante cruzamos una serie de colinas con variadas y bellas perspectivas, colinas que se hallan situadas entre el *Adige* y el *Po*. Nuestro tren hizo alto allí entre numerosas corrientes, cuyas aguas apenas se deslizan suavemente. Allí está *Róbigio* una de las últimas poblaciones de la región *Veneta*. La ciudad está rodeada de pantanos y su clima no es muy agradable; sin embargo, la excesiva actividad de sus habitantes le

han dado grande importancia. Varios pueblecillos de no menos interés dispersos en extensas llanuras y bañados por diversos canales pasaban á nuestra vista, hasta que ya tarde salíamos de la turbias y caudalosas aguas del *Po*.

Sobre el mismo camino y cerca de la margen derecha del río está *Ferrara* capital de la primera provincia de la antigua Región Romana y *Cispadana* oriental.

Es una ciudad importante con Universidad, Ciudadela, Catedral, un Castillo de los antiguos duques, Palacio de Este, villa *Bevilacqua*, hermoso teatro, muchos establecimientos literarios, buenos colegios y una bella plaza.

De *Ferrara* continuamos todavía por la cuenca del *Po* recorriendo las tierras extensas de la antigua *Cispadana*, y después comenzamos á ascender por la vertiente oriental de los *Apeninos* entre oteros y colinas ricamente bordadas con las verdes y simétricas líneas de los sembrados.

Atrás queda la Italia continental ocupada en su mayor parte por la cuenca del *Po*, y penetramos en la peninsular por las primeras montañas *apéninas*.

Llegamos á campiñas fertilísimas y á un lugar que constituye uno de los grandes centros comerciales de la región *Veneta*, tal es *Bolonia*.

Por ahí pasa la línea continuación de uno de los ferrocarriles franceses y se dirige oblicuamente á las costas de la provincia de *Marcas*.

La ciudad posee muy bonitas calles limitadas por hermosos pórticos, una célebre Universidad, numerosos monumentos, entre los que sobresale una Catedral y las iglesias de *San Petróneo*, los *Celesticios*, el teatro y varios palacios ricos. *Bolonia* guarda las cenizas de los ilustres mexicanos *Clavijero* y *Alegre*.

El Sr. *Lafragua*, uno de nuestros más eminentes hombres de Estado, á su tránsito por *Bolonia*, hizo colocar una lápida de mármol en el sepulcro de nuestro insigne historiador el Abate *Clavijero*.



Salimos de la artística ciudad en el mismo ferrocarril de los Apeninos y proseguimos por la expresada vertiente entre los valles pintorescos que forman los primeros montes hasta las mesetas que circundan las cumbres de la pintoresca cordillera blanqueada en invierno por las nieves. Desde las alturas descubrimos la fertilísima región de los antiguos etruscos en la que la sucesión de colinas coronadas por hermosas y densas llanuras y villas rodeadas de jardines que alternan con las campiñas bien cultivadas, dan á los paisajes un aspecto grandioso y encantador.

Continuamos nuestro viaje por la vertiente occidental deslizándonos por pendientes, costeano barrancos y sinuosidades hasta llegar á una llanura salpicada de bosques oscuros, entre los que surge una ciudad de fuertes edificios destinados á la construcción de armas de fuego. Es *Pistoya*, la población manufacturera de gran importancia comercial.

De allí nos dirigimos para Florencia recorriendo las más pintorescas praderas de la Toscana hasta llegar al fértil valle que bañan las aguas del Arno.

Tiempo era ya de que las miradas se fijaran en los bellos pañoramas que ofrecían las risueñas colinas en que se veían diseminadas pintorescas casitas, quintas y palacios rodeados de verdes praderas; tal parecía aquel conjunto las moradas de las musas. ¡Esos son los alrededores de Florencia! Entramos en la artística ciudad por la gran vía Calzaioli que une las plazas más notables, como son: de la Señoría en que se ve el palacio del Gran Duque, la Fuente de Neptuno, la estatua de Cosme I y varios edificios de poco interés; el de la Catedral ó sea el antiguo templo de Santa María de las Flores y el alto campanario de Giotto con sus magníficas estatuas. El palacio de Pitti contiene una galería de pinturas de las mejores que existen en Europa; así como su rica Biblioteca, las obras del Tasso, Maquiavelo y de Galileo.

Al Norte se halla la famosa Galería de Florencia que guarda obras de verdadero arte, entre ellas las estatuas que alguna vez

constituyeron las principales riquezas del *Louvre de Paris*. Tan artísticos monumentos y edificios notables, entre los que se encuentran el Museo de Horticultura y la Academia Real de Bellas Artes, hacen de Florencia el verdadero ideal de las ciudades italianas, á lo que se agrega el atractivo que ofrece al oír hablar con la mayor elegancia el armonioso idioma del Dante.

Florencia constituye uno de los pueblos más activos de Italia por su comercio é industria.

La dulzura del clima, la pureza del aire y el aspecto risueño de los valles y colinas, han influido sin duda en el carácter bondadoso de los habitantes, en sus costumbres morigeradas, en el vivo ingenio que los distingue en su disposición natural para las ciencias y las artes. Es verdad que la instrucción no está satisfactoriamente difundida, pero á pesar de ello, ningún país ofrece en su estadística criminal más bajos guarismos.

Una sensación deliciosa experimento al acariciar el recuerdo de las impresiones recibidas en Florencia, que al fin hube de abandonar para continuar nuestro viaje á lo largo de la península italiana, recorriendo los últimos bosques de pinos y hayas de las altas vertientes de la Toscana, bañada por las cristalinas aguas de mil fuentes que nacen entre flores.

Antes de salir de la cuenca del Arno, ya en el valle de Chiana, se contempla un campo llano recorrido por muchos canales que han convertido el terreno en una región agrícola de las más interesantes.

Allí está Arezzo ciudad notable por su comercio.

Seguimos en el mismo ferrocarril con igual dirección S.E. después de abandonar algo tarde la Toscana.

¡Adios espesos bosques, frescas y verdes llanuras en donde las mieses ondulaban al soplo de la brisa, como las aguas del mar! No recreaban mi vista ni verdes praderas, ni vergeles, ni jardines que con sus flores embalsamaban el ambiente.

Un terreno montañoso de pobre y triste vegetación, con algunos bosquecillos de castaños y de olivos así como algunos campos de cereales constituyen la región del Tíber.



Por ahí descendimos de los Apeninos centrales hasta las murallas de Perugia situada en la margen derecha del río, á 417 metros sobre el nivel del mar.

Pena me causa la imposibilidad de pintar con sus verdaderos colores todos los paisajes de mi viaje, pues me espera el punto final á que me dirijo y es el pueblo más celebre del mundo. Para llegar, desde Perugia seguimos por la región tiberiana de lo que antes se llamó Estados Pontificios, pasamos por Spoleto y seguimos la parte meridional de la misma región donde está la provincia de Latium. La impaciencia que de mí se había apoderado, hiciéronme apartar la vista de los variados alrededores, y aun el movimiento de la locomotora me parecía extremadamente lento; llegamos al Distrito Municipal, cuando esa especie de bruma que se tiende sobre el horizonte me impedía distinguir el contorno de la ciudad; pero ya á sus puertas asaltáronme numerosas impresiones que al agolparse ponían en lucha mi alborozo con el asombro.

De la Plaza del Pueblo situada en la parte N. de la región oriental de la ciudad, parten tres calles principales, la "Strada di Rifietta," la "Strada de Babuino" y la del "Corzo," paseo favorito de los romanos.

El Tíber recorre la parte occidental de la ciudad, en su margen izquierda cerca de la avenida Rifietta, en donde se presenta soberbio é imponente el Castillo de San Angelo, con sus pesados muros, contra los que se pierden los ecos de la voz humana, como los rayos luminosos se apagan en la etérea inmensidad. Al pie de ese Castillo y á orillas del Tíber, ambos testigos de un pasado tan lleno de gloria como de importancia histórica, las ideas se agolpan en la mente y el pensamiento se pierde.

Al Este del Tíber y al fin de una amplia y recta calle limitada por altos edificios, se descubre á lo lejos un alto campanario cónico cuya silueta se destaca en el puro azul del cielo.

Es Santa María la Mayor, y los puntos salientes y tortuosos de la calle, son collados de los montes Quirinal y Viminal. Al

frente de esa calle está la plaza de los Barberini con el gran palacio del mismo nombre y una fuente de agua cristalina y coronada por un grupo de ingeniosos delfines.

Al Oeste del mismo río está la plaza de San Pedro, la más bella de Roma, á cuyo frente se levanta la soberbia Basílica, obra que puede considerarse por su grandiosidad como un milagro de la arquitectura moderna.

Ojalá pudiera llevaros por todas las calles de la ciudad ó por lo menos describiros sus más ricos palacios; más á pesar mío, apenas podré terminar mi imperfecta reseña.

La Basílica de San Juan de Letrán con la cúpula de su baptisterio que eleva su linternilla octogonal adornada con estatuas que parecen custodiarla en medio del espacio.

Si vais por donde yo os conduzca, veréis una plaza larga é irregular cortada por dos barrancos profundos que dejan ver en sus lados columnas con entablamientos suspendidos en el aire, al parecer, y se presentan como espectros de soberbios edificios que fueron, destacándose sobre sus tumbas entre una confusión de mármoles y capiteles esparcidos de la misma manera que aparecen diseminados al pie del Vesubio las reliquias pompeyanas; veréis también arcos triunfales cubiertos de sombras, cipreses que adquieren vida entre los derruidos muros, bóvedas sombrías, y en fin, todo aquello que revela la existencia de otros pueblos que hoy sólo viven en el libro de la Historia, y allá en el fondo, como para cerrar ese cuadro sombrío, se destaca la gigantesca mole del coliseo.

El Panteón de Sgoipa, las Termas de Diocleciano, el Nuevo Capitolio, las Universidades "Sapienza" y "Gregoriana," los Palacios Vaticano, Quirinal y otros muchos, son monumentos que verdaderamente admiran y que á pesar mío, tendré que pasar en silencio.

Las plazas son muy amplias y las calles casi todas se cortan formando extrañas encrucijadas, limitando las manzanas que en algunos lugares constituyen pequeños monasterios. En la parte central del distrito hay jardines y viñedos pintorescos, bos-



quecillos y quintas amenas y silenciosas; pero en presencia de la campiña, aunque cesa la admiración, se mantiene viva la curiosidad; un camino con verdes contornos, al través de un terreno ondulado y desierto, nace en el fondo subiendo y va á perderse entre olvidadas ruinas.

Las aguas del Tívoli romano, coronadas de hermosas florestas, corren entre peñascos que semejan torres y almenas y bajo los arcos formados por las rocas, dando al paisaje halagadora perspectiva como si quisieran hacer olvidar la desolación de la campiña.

Los monumentos, tanto antiguos como modernos, están demostrando por su importancia lo que fué y es aún Roma á pesar de sus grandes revoluciones sociales.

Mientras Venecia duerme ya entre apagados sollozos el sueño de la decadencia y Florencia vive y se levanta sobre las oleadas del progreso, Roma se detiene en su postrer esfuerzo de la vida, ostentando el orgullo de haber sido el cerebro del imperio de Occidente.

¡Sin embargo aún no ha pronunciado su última palabra en la historia de la humanidad!

México, 27 de Julio de 1895.

CÁRMEN FLORES.

---



---

## LA CONQUISTA.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

**P**ENETRANDO por un momento en el sagrario donde ocultas viven vuestras afecciones más puras, anhelo hacer vibrar con mi acento como á una de las cuerdas de una arpa eólica, la más noble acaso de todas esas afecciones: la que nos une con amorosísimo é indisoluble lazo al suelo en que hemos nacido, con el que estamos identificados por la religión de los recuerdos y en el qué, como suprema aspiración, deseamos dormir en paz el eterno sueño, junto á los restos de los que han sido parte de nuestra misma vida y pedazos de nuestro corazón. Y para que esa cuerda vibre y se exalte y brote de ella, como bandada de canoras aves, un tropel de armoniosas notas, me bastará con evocar, siquiera sea á grandes rasgos, para no fatigar vuestra atención, la memoria de un solemne momento de nuestra historia patria, que se designa en sus anales con el nombre de "LA CONQUISTA".....

El ilustre Genovés, de imperecedero nombre, que se aventuró á fines del siglo XV, fiado únicamente en las poderosas alas de su genio, á través de las vastas soledades del Océano, para descubrir un mundo nuevo, no hizo más, con tanto como hizo para la grandeza de España, que señalarle con el dedo, como pudiera hacerlo una Divinidad guiadora de su pueblo predilecto, el rumbo hacia el cual debieran tender todos sus